

EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 26 de Octubre de 1879.

Núm. 43.

SUMARIO.

¡Luz! por *D. Luis de Argelòs*.—Poema: EL VETERANO. por *D. Tomás de Briones*.—Novela: EL ABANICO DE ORO. por *Doña Teresa Arróniz y Bosch*.—Mosáico, por *Asdrúbal*.

¡¡LUZ!!

=Luz!!

Tal es el grito que exhala el espíritu al desprenderse de su cárcel material, y al tender sus alas matizadas de oro y de púrpura por las etéreas regiones del infinito.

Tal es la aspiración de la planta al ascender, apoyándose en sus perfumados tentáculos, hasta recibir sobre su corola el rayo del sol, quebrado contra la roca que cobija la negra sima donde se halla depositada la verde cuna de la trepadora hija de los bosques.

Y luz es también la tendencia de insectos y de pájaros, de selvas y de fuentes, y á la puerta de su gruta asoma la fiera de los desiertos su pupila fosforescente, en tanto que el reptil se arrastra por el polvo, refractando los rayos solares sobre sus escamas bruñidas, ó sobre su pintada piel, tersa y brillante como el aterciopelado pétalo del pensamiento ó de la flor de lís.

—Hacia donde vamos?—A la luz!—nos grita el alma con su aspiración gigantesca, pareciendo querer romper nuestro pecho y tender sus alas por la azulada extensión, en donde flotan las nubes y gravitan los astros.

—¿De donde venimos?—De la luz!—nos responde el pensamiento, que en abstracción profunda recuerda vagamente atmósferas infinitas, cuyas aureolas aumentaban prodigiosamente el alcance de nuestros ojos, heridos por fulgores más puros y brillantes que las ondas lumínicas en que bañan sus

rayos nuestras pupilas materiales.

Luego si de la luz venimos y hacia la luz vamos, sombras y tinieblas deben constituir nuestro planeta, á pesar de sus días de sol y de sus noches de luna, á pesar de esa gasa transparente por donde ruedan en armónica confusión planetas y asteroides, estrellas y nebulosas.

Mientras Flora y Fauna, reclinadas muellemente sobre sus cojines de esmeralda recamados de flores ó sobre su lecho de pieles esmaltado por todos los colores del iris, parecen quedar complacidas con el resplandor que para ellas desciende de los cielos, el hombre, nuevo Prometeo, parece haber robado, como este, parte del fuego sagrado, y yacer encadenado en tierra alimentando en sus entrañas la llama celeste, en tanto que el buitre de la vida va lentamente comiendo de su carne, diferenciándose solo del desgraciado titanida, en que el suplicio de este debía ser eterno, en tanto que la peregrinación terrestre se halla contenida en el espacio de tiempo en que un grano de arena sucede á otro en el reloj de la eternidad.

Mundo de sombra, hemos dicho, mundo de tinieblas debe ser para el hombre la tierra que le sirve de morada, guardando en su mente algo que por su vaguedad é indecisión no consigue dibujarse con los colores del recuerdo, y que procede de una esfera de serenidad y belleza incomparables habitada antes de la encarnación: débil reminiscencia que fortalece la certidumbre de que no somos más que golondrinas de paso que tarde ó temprano retornaremos al nido natal, ríos formados por la lluvia torrencial de alguna nube condensada en las húmedas capas de las superficies marinas, que lentamente caminamos por la tierra, hasta volver á confundirnos en los senos infinitos del Océano.

Y este algo misterioso, anterior á nuestra existencia, que fatalmente nos conduce á pensar en otro algo posterior á la vida, lo designa nuestro labio con el nombre de eternidad, de existencia infinita, de mundo de la luz.

La luz! ¿Y qué es la luz de la inmortalidad, la esfera donde vaga el espíritu mecido sus alas